

I

El cumpleaños

Atilio Dentolini cumplía doce años, y por primera vez festejaría con sus compañeros de escuela.

Había llegado al colegio Piane un año después que el resto de sus compañeros, en segundo grado. El padre de Atilio asesoraba a empresas de distintas partes del mundo en asuntos de negocios. Atilio, aunque nacido en Buenos Aires, había pasado los primeros años de su infancia en París, mientras su padre viajaba de una punta a otra del planeta. Regresó a Buenos Aires a los siete años, con su madre, luego de que sus padres se divorcieran. Pero muy pronto la madre, para ganarse la vida, comenzó a trabajar como intérprete, y recorría el mundo, cumpliendo con su tarea en congresos, convenciones y conferencias. Atilio quedó al cuidado de un tía muda, aparentemente prima de su madre. O conocida. O tal vez simplemente era una señora muda a la que la madre le había pagado para que lo cuidara.

No era la situación ideal para entrar a un nuevo colegio, en segundo grado. En realidad, no era la situación

ideal en ningún caso. Atilio pronunciaba muy mal el castellano, con un dejo francés, que causaba la sorna de los compañeros menos agradables. El acento francés, para los chicos malos del aula —dos, para ser más precisos: Tenia y Bacone—, representaba debilidad y cobardía. Y la convivencia con una tía muda no aceleró el cambio de acento. La madre pasaba a visitarlo dos o tres veces por año. El padre, con suerte, una vez cada dos años.

Atilio y su tía muda —la tía Nera— vivían en un departamento de dos ambientes, en el cuarto piso, en pleno barrio de Once. Específicamente sobre la calle Tucumán, a tres cuadras del colegio, sobre la calle Tucumán también. A la vuelta del colegio, sobre la calle Uriburu, había una casa abandonada. En esa casa había vivido una mujer que confeccionaba ropa, con su marido camionero. No habían tenido hijos, pero compartían la casa con una docena de maniqués, que la costurera utilizaba para presentar y probar sus vestidos.

El camionero solía abandonar la ciudad rumbo a la costa atlántica para abastecer de comestibles a distintos colegios e institutos de esa zona del sur de la provincia de Buenos Aires. Un día no regresó. Primero la gente del barrio pensó en un accidente. Pero pasaban los días y no había noticias. Algún camión había chocado por algún lado, pero no era el del marido de la costurera, como todos llamaban a Raúl.

A los quince días encontraron el camión abandonado, intacto, con las puertas abiertas, en un baldío del Once. Como un caballo que, habiendo perdido a su dueño, hubiera regresado solo al hogar.

Gladis, la costurera, pareció ser la primera en adivinar que Raúl ya no volvería, y no porque hubiera sufrido un accidente ni porque se lo hubieran llevado los extraterrestres —como solían hacer con los camioneros porteños, de noche, por las rutas desoladas— ni porque lo hubieran asesinado por una deuda de juego o para robarle, sino porque la había abandonado.

Al mes, Gladis confesó a algunos clientes que Raúl, algunas veces, la había amenazado con marcharse y no volver nunca más. Con el tiempo, lentamente, el camionero fue olvidado. La cara de Gladis no volvió a ser la misma; sus clientes decían que, de pasar tanto tiempo con maniqués, y ya sin nadie con quien hablar por las noches, su boca había terminado por imitar la extraña expresión de sus muñecas tamaño natural. Pero seguía confeccionando una ropa estupenda y ofreciendo el mejor precio. Incluso comenzó a confeccionar y reparar ropa para hombres, lo que nunca había hecho antes de ser abandonada. Las vecinas lo tomaron por un buen signo: el deseo de conocer a un nuevo galán.

Pero dos años más tarde, en una investigación azuzada por la hermana de Raúl, Carola, se descubrió que Gladis había envenenado al marido.

Todos los martes, cuando Raúl se marchaba, Gladis lo despedía con un beso y una vianda: algún sándwich, algún refresco. Aquel martes, el beso y la vianda lo acompañarían al otro mundo. La propia Gladis había seguido, de incógnito, a su marido. Nadie sabía siquiera que supiera manejar. Había aprendido, tan en secreto como había preparado todo, simplemente para llevar a cabo su plan.

Había observado cómo su marido se detenía a comer y cómo luego se echaba en el asiento trasero del camión a hacer la siesta, de la que nunca despertaría. Si no hubiera habido una hermana interesada en saber la verdad, lo más probable es que nunca habrían descubierto a la costurera asesina.

A ningún camionero le llamó la atención que una mujer se subiera al camión de Raúl. Ni que un rato más tarde el camión arrancara. Tampoco habrían encontrado nunca el cuerpo, de no ser por la porfía de Carola. En eso Gladis había sido especialmente hábil: Raúl recibía a los clientes embalsamado, su cabeza cubierta por una máscara de papel maché, con un simpático sombrero de tango ladeado sobre la frente, tan elegante como cualquiera de los otros maniqués. Pero era el único varón. A veces lucía un traje de alpaca; otras, un saquito para el otoño. Cuando la policía descubrió el cuerpo, Gladis sólo atinó a decir:

—Era la única manera de que se quedara en casa.

Se la llevaron esposada.

La casa permaneció vacía: no se alquiló ni se vendió. Tampoco la destruyeron.

De Gladis nunca más nadie volvió a saber. Alguna vez escucharon que sufrió un ataque de otra reclusa en la cárcel, que le habían arrancado un diente a mano... Otros dudaban de que hubiese sobrevivido a la trifulca. Salvo para matar al marido, era una mujer bastante frágil.

Para cuando Atilio llegó al segundo grado del colegio Piave, la casa de la calle Uriburu llevaba diez años abandonada. Una tarde de julio de aquel segundo grado,

cuando ya había llegado el frío a Buenos Aires y oscurecía temprano, Tenia y Bacone desafiaron a Atilio, que era “el nuevo”, a visitar la casa abandonada, a la salida del colegio. Atilio tenía orden de su tía de regresar directamente del colegio a su casa, sin desviarse ni una de las tres cuadras. Tenia y Bacone lo acusaron de cobarde. Pero Atilio era en realidad el único que regresaba caminando solo, del colegio a casa, a los siete años.

Independientemente de si Tenia y Bacone efectivamente visitaron la casa abandonada aquella tarde, desde entonces se burlaron de Atilio.

Lo llamaban cobarde. Remedaban su acento francés. Los demás compañeros no se sumaban a las burlas, pero tampoco lo defendían. En su primer cumpleaños, Atilio se sentía tan alejado de todos que decidió no hacer ninguna fiesta. Su tía se la ofreció, pero bastó con que Atilio no respondiera para cerrar el diálogo. Atilio podía ser más mudo que su tía cuando se lo proponía.

Se hizo costumbre que Atilio no celebrara su cumpleaños, y tampoco era invitado a los de sus compañeros. En sexto grado, Tenia y Bacone se olvidaron incluso de burlarse de él.

Pero en séptimo grado fue la gran sorpresa: Atilio iba a festejar su cumpleaños. ¡El primer cumpleaños de Atilio!

Repartió las tarjetas: unas tarjetas infantiles, con un payasito multicolor, que decían: “TE INVITO A MI FIESTITA”.

A algunos de los chicos les causó gracia y otros lo tomaron como una ironía *cool*. Sólo Tenia y Bacone consideraron, sin decirlo en público, que se trataba de las

tarjetas de un tarado que nunca había crecido. Pero ellos no recibieron las tuyas. Era lógico, Atilio, no los invitaba. Ni a ellos les interesaba. Sin embargo, un detalle vino a modificar este desinterés. En realidad, era algo más que un detalle. O, en todo caso, era un detalle muy significativo.

Ningún chico del aula había visitado nunca el departamento de Atilio, pero, por supuesto, después de pasar seis años con él, sabían perfectamente que vivía en un edificio, a tres cuadras del colegio, sobre la calle Tucumán. No obstante, la tarjeta indicaba como dirección la calle Uriburu.

En la primera impresión, los alumnos no le dieron mayor importancia a este dato, pensando que tal vez se tratara de un nuevo salón de fiestas. Pero al salir del colegio, aquel mismo día y en días sucesivos, comprobaron que no había ningún nuevo salón de fiestas sobre la calle Uriburu. Curiosamente, tardaron dos días en comprobar que el salón de fiestas o, para decir toda la verdad, el lugar donde se celebraría el cumpleaños, no era sino la casa abandonada.

Hubiera bastado con chequear la numeración de la calle Uriburu impresa en la tarjeta con la numeración de la casa para comprobarlo. Pero ningún compañero podría haber imaginado que se celebrara un cumpleaños en la casa abandonada. Por otra parte, la chapa con la numeración de la casa estaba completamente corroída por el óxido. Las ventanas estaban rotas. Las paredes, peor que descascaradas: como si estuvieran enfermas de una enfermedad que, en un hombre, sería sarna o lepra.

Se suponía que la casa sólo estaba habitada por ratas y murciélagos. En cualquier caso, nadie había entrado allí desde que Gladis la abandonara, esposada, más de quince años atrás.

Sin que se lo preguntaran, Atilio, que nunca hablaba, aclaró en un recreo:

—La casa está en orden. La preparé especialmente para mi fiesta. Es mi último cumpleaños como alumno del colegio, y nunca festejé ninguno. ¿No les parece una idea sensacional hacerlo en la casa a la que nunca ninguno de nosotros se animó a entrar?

La respuesta de todo el alumnado fue un grito de admiración. Incluso hubo aplausos. También comentarios de aprobación. El “nuevo” Atilio era del agrado de todos. Esta declaración de Atilio, y la consiguiente aclamación, ocurrió el jueves, y el festejo era el sábado. Sólo dos compañeros permanecieron silentes, los dos no invitados. De hecho, ni siquiera alzaron la voz para recordar, o fingir recordar, que ellos sí se habían atrevido a ingresar a la casa, en segundo grado.

Pero, en el siguiente recreo, Tenia se permitió dudar:

—¿Y cómo saben que los dejarán entrar?

Le contestó Susana, la niña más bonita del aula:

—Dice Atilio que su tía ha preparado todo. Incluso el permiso de entrada.

—Y yo le creo —agregó Luisa, la más simpática.

Atilio se había vuelto, en una semana, el varón más popular.

Tenia y Bacone no lo pudieron sufrir. Pero, como ya no tenían elementos para burlarse —Atilio, por esas fe-

chas, incluso hablaba sin acento francés—, cambiaron de actitud, y tomaron el camino inverso, por el que suelen optar los bravucones cuando se sienten perdidos: la súplica. Primero buscaron a algún compañero que les hiciera de “correo” y sugiriera a Atilio que los invitara. Pero ninguno aceptó. Tenía le propuso a Bacone que sus padres hablaran con la tía muda —que suponían no era sorda— para pedir clemencia: no podía ser que invitara a todo el aula menos a ellos dos. El padre de Bacone, a regañadientes, aceptó, pero ni el jueves por la tarde ni durante el viernes pudo encontrar a la tía Nera. Cada tanto se la veía por la calle, en la verdulería o en la carnicería. Pero aquellos dos días, ni noticias. Parecía que, además de muda, se hubiera vuelto invisible. No tenían el teléfono de Atilio y, aunque lo tuvieran, no podían esperar que la tía atendiera el teléfono.

De modo que, llegado el sábado, los dos bravucones se apersonaron, a la hora señalada, emperifollados como el resto de los alumnos, engominados y perfumados, a hablar personalmente con el cumpleañosero.

—Queremos pedirte perdón —dijo Bacone.

—En segundo grado fuimos muy tontos —siguió Tenia.

—Y en tercero no aprendimos nada —se disculpó Bacone.

—En cuarto, no sabíamos cómo parar —explicó Tenia.

—Y en quinto no sé qué nos pasó —murmuró Bacone.

—¡Pero en sexto no te molestamos más! —gritó Tenia.

—Y hoy venimos a suplicarte que nos perdones y nos permitas ser, por primera vez, tus amigos —recuperó la calma Bacone.

—Perdón —corearon ambos al unísono.

Atilio, por toda respuesta, les abrió la puerta y sonrió.

Bacone miró a Tenia y, por un momento, incluso llegaron a creerse sus pedidos de disculpa. Todos los demás alumnos ya estaban dentro de la casa. Atilio con un gesto de la mano, invitó a pasar a Tenia y a Bacone; cerró la puerta tras ellos.

Desaparecida o no, la tía Nera se había esmerado. La casa, por fuera, era tan lúgubre como siempre. Pero por dentro parecía un salón especialmente diseñado para un cumpleaños. Atilio había mantenido el tono de cumpleaños infantil, y ya todos, incluyendo Tenia y Bacone, lo consideraban un gesto “retro” moderno más que una desubicación.

La gigantesca mesa preparada en el medio del salón principal lucía platos con papas fritas, chizitos, conitos salados, y vasos de gaseosa con dibujos de perros y osos de las películas infantiles. También había gorritos en punta, silbatos con serpentina y matracas. Las paredes, aún despintadas, rancias y húmedas, estaban adornadas en lo alto con guirnaldas de papel crepé. Había una incoherencia un poco tétrica entre los elementos del cumpleaños y la casa gris y achacosa. Pero los alumnos estaban demasiado emocionados por festejar un cumpleaños allí adentro como para reparar en esa combinación. Muchos habían tenido que discutir con sus padres para que los dejaran concurrir. Incluso a una de las chicas se lo

habían prohibido. Pero de todos modos allí estaba: luego de mentir a los padres que el cumpleaños finalmente se haría en una pista de patinaje sobre hielo.

Los presentes se consideraban increíblemente afortunados. De aquel cumpleaños se hablaría durante años, aun cuando dejaran de verse. Se lo contarían a sus nietos. Después de todo, era el último año que pasarían juntos.

Atilio se comportaba como el perfecto anfitrión. Saludaba a uno, le servía gaseosa a otro, le indicaba a un tercero dónde estaba el baño. No había adultos. Ni siquiera la tía Nera. El propio Atilio se apareció con el pastel de chocolate y lo dejó en el medio de la mesa. Todos aplaudieron.

—Silencio, por favor —pidió Atilio. Y se paró arriba de una silla—. Pueden comenzar a comer el pastel —anunció.

Había cuchillos, cucharitas y servilletas, de modo que cada cual se eligió su porción. Los cuchillos tenían el logo del osito Winnie Pooh; las servilletas estaban estampadas con Bambi, y las cucharitas eran la silueta de Cruella De Vil.

—Sólo una cosa más —agregó Atilio, cuando todos estuvieron con las bocas llenas—: como estamos en la casa de la envenenadora, es lógico que al menos un trozo de pastel esté envenenado. La suerte es loca: al que le toca, le toca.

Un silencio desconocido inundó la vieja casa abandonada. De pronto, del primero al último de los alumnos repararon en el contraste entre las chucherías infantiles del cumpleaños y la casa donde vivía la costurera que

había asesinado a su marido. Los pedazos de pastel quedaron súbitamente detenidos en sus bocas, que dejaron de segregarse saliva, como si alguien los hubiera detenido en el tiempo con el botón de pausa. Los que tenían ya el pastel descendiendo por la garganta, lo regurgitaron y lo escupieron discretamente en la servilleta, haciendo luego un bollo que dejaron caer bajo la mesa.

Atilio estalló en una carcajada. La sorpresa superó incluso la provocada por el comentario, puesto que nunca nadie antes lo había escuchado reír.

—¡Era una broma! —gritó Atilio, como un contador de chistes que se ovacionara a sí mismo.

Y ya no cabía duda de que aquella era la mejor fiesta de los siete años que habían compartido, con esa broma macabra espectacular, que los había dejado pálidos y temblorosos. Ahora disfrutaban más el pastel, que de por sí estaba exquisito.

—Lo que en ningún cumpleaños puede faltar —siguió con las presentaciones Atilio— es un mago.

Y en el medio del salón, como corporizado por las palabras del cumpleañosero, apareció un extraño mago, tiznado el rostro de negro, con una galera, capa y levita de show.

—Les presento a Baltasar —completó Atilio.

Los cumpleaños habían dejado de contar con magos desde cuarto grado, y al verlo aparecer una ráfaga de melancolía sacudió los corazones de los invitados. Era cierto que marchaban hacia la adolescencia, pero aún no dejaban de ser niños y, antes de entregarse de lleno a las discotecas y la vida nocturna, ¿por qué no despedirse de

la niñez en toda regla, con un mago, un pastel, papas fritas? ¡Con un cumpleaños de verdad!

El mago sonrió ampliamente. Los dientes relucieron en el rostro tiznado de negro, pero no eran blancos sino amarillentos, relucían al modo de un tubo fluorescente, de noche, en la sala de espera de un hospital.

Y en el medio de la dentadura, vistosamente, había un cuadrado vacío.

—¡Hey! —gritó Tenia, envalentonado por la broma macabra que se había permitido Atilio—. Este mago no debe de ser muy poderoso: ¡no logró hacer aparecer el diente que le falta!

Nadie se rio del chiste. Tenia había perdido todos sus puntos. Pero Atilio le contestó, con un tono elegante y contenido:

—Lo lamento, Tenia. El mago es realmente muy eficaz. Pero sólo lo contraté para que haga desaparecer cosas, no para que las haga aparecer.

Se hizo una brevísima pausa, y el mismo Atilio gritó:
—¡Que comience la función!

—Voy a necesitar un voluntario —dijo el mago. Y se quitó la capa.

La voz del mago quedó flotando en el aire de la casa abandonada. Nadie se atrevió a contestar. Era una voz marchita y a la vez firme. Como una planta seca que, sin embargo, permanece de pie cuando todas las demás, mucho más saludables, han caído. Una planta que se hubiera acostumbrado a vivir sin agua y hubiera cambiado la belleza y la fragilidad por la amargura y la supervivencia.